

exaltaciones solo comparables a las que producen el amor, los celos, el odio, la religión y la política. El Guadalajara es el equipo más popular de la República. Jamás ha alineado a un jugador extranjero y esa tradición suscita en los aficionados admiración y fervor. Su fútbol era abierto, espectacular, basado en el juego de conjunto. Es, además, el equipo de una de las más bellas ciudades de la República, la Perla de Occidente, a la que la mitología popular relaciona con mujeres hermosísimas, películas de charros y serenatas al pie del balcón tras el cual espera la novia temblando de amores. En cambio, el América es un equipo que ha sustentado su fuerza en carísimos jugadores extranjeros y al que se asocia con los dueños del poderoso consorcio de Televisa. Su estilo ha sido recio, práctico, equilibrado entre el ataque y la defensa. Para un aficionado chiva y para un aficionado crema, el triunfo sobre el odiado rival es una fiesta que no se cambia por nada.

Los jugadores se baten sin dar ni pedir cuartel. Las entradas son durísimas y los roces son frecuentes. La disputa por el balón es apasionada. En esa circunstancia no es raro que tras alguna jugada ruda los adversarios se encaren, se muestren los colmillos, se acerquen mutuamente los rostros fieros, hasta hacerle sentir al otro el olor del sudor, la adrenalina, los ojos irritados o el mal aliento, ¡agh!

Tras una escaramuza ocurrida pocos minutos antes de que concluya el primer tiempo, y con el marcador 1-0 a favor del América, el árbitro expulsa, para sancionar sus bravatas, a un jugador crema y a dos chivas, entre estos el defensa Guillermo “el Tigre” Sepúlveda, todo entrega,

todo amor a sus colores. Los jugadores protestan: no están de acuerdo con la decisión arbitral. Sepúlveda no se quiere salir, llega la policía para sacarlo por la fuerza de la cancha, él no se deja atrapar y corre, haciendo aullar de ardoroso entusiasmo a los seguidores del Guadalajara. Al fin lo atrapan y lo llevan rumbo al vestidor, pero al pasar frente a la banca del América se zafa de sus captores, se quita la legendaria camiseta rojiblanca, la ondea por encima de su cabeza y les grita, con la voz enronquecida, a los enemigos:

—¡Con esto tienen, cabrones!

En el segundo tiempo, el Guadalajara sale a comerse el balón, pone el alma en cada jugada, compensa con amor a la camiseta la inferioridad numérica. “El Chololo” Díaz brinda un partido memorable: defiende, corta balones, da pases magníficos y ataca. Pero quizás es injusto evocar el desempeño de un solo jugador, pues todos se entregaron sin reservas, con coraje, palabra que proviene de un vocablo latino que significa ‘corazón’. El Guadalajara gana aquel inolvidable partido, remontando el marcador: 2-1.

En los partidos auténticamente memorables, la disputa por el balón es fragorosa en cada milímetro de la cancha y los 22 futbolistas están sometidos, en cada jugada, a circunstancias únicas e irrepetibles a las que no solo deben sobreponerse sino también sacarles provecho porque, si bien influyen en su actuación, no suprimen su albedrío: se tiene la opción de acertar o fallar. Por decirlo con palabras del poeta mexicano Vicente Quirarte, es la “hora de mirar a los dioses frente a frente / y decirles que aceptas la batalla”. No basta ser mejor que el adversario:

hay que demostrarlo no cuando se quiere o se puede sino cuando se debe, y transformar la propia calidad en la forma más sublime y misteriosa de la suerte: el acierto.

Los más afortunados hemos llegado con vida a la mitad de 2014, algunos ya con una buena carga de años a cuestas. Celebrémoslo porque, por lo menos hasta ahora, podemos seguir sintiendo el aire en nuestros pulmones, lo que de suyo “ya es saber, ya es amor, / ya es alegría” (Jorge Guillén); podemos seguir bebiendo en el santo grial de nuestra amada; podemos se-



guir degustando inspiradoras copas de vino; podemos seguir charlando afectuosamente con los amigos; podemos seguir aprendiendo o conmoviéndonos con las páginas de un libro; podemos seguir paladeando la música y el cine; podemos seguir asombrándonos de los avances de la ciencia, la tecnología y la medicina; podemos seguir admirando las inauditas llamas del crepúsculo o las de los ojos que nos fascinan; podemos seguir festinando las sonrisas o enjugando las lágrimas de nuestros hijos o de nuestros nietos, y, además, estamos gozando otra vez de la Copa Mundial de Fútbol. **EstePaís**

## Pelota de trapo<sup>1</sup> Fernando Cortés

La experiencia de jugar al fútbol *soccer* (para diferenciarlo del americano) solía iniciarse muy temprano en la infancia, alrededor de los seis años de edad, con las cascaritas (que en Chile se llamaban “pichangas”) que se jugaban en la calle, en sitios eriazos planos apropiados para la práctica de este deporte o en parques y, en el mejor de los casos, si uno vivía cerca, en una cancha de fútbol abierta al uso del público (un terreno relativamente plano, con piso de tierra, pero con

**FERNANDO CORTÉS** es profesor emérito de Flaco y académico del Programa Universitario de Estudios del Desarrollo (PUED) de la UNAM.

La idea que haya uno que gane y que el otro pierda me parece esencialmente desagradable. Hay una idea de supremacía, de poder, que me parece horrible.

JORGE LUIS BORGES

porterías). Sin embargo, lo habitual era juntarse en una calle escasamente transitada; la acción se interrumpía cuando aparecía un vehículo. Además, había que estar atentos a la policía, pues estaba prohibida la práctica de este deporte en la calle.

En mis años mozos las cascaritas se jugaban con pelotas fabricadas por nosotros mismos. Juntábamos trapos y los metíamos a presión en una media de nailon, o usábamos un ovillo de estambre (en chileno: ovillo de lana); estas eran las mejores pelotas pues hasta botaban. Cada vez que desaparecía una media o un ovillo de estambre en nuestras casas, nosotros éramos los principales sospechosos. Al practicarse el fútbol en la calle, era importante que la pelota no botara demasiado y que al patearla no saliera muy lejos, habida cuenta de que en esa época los vidrios de las casas eran realmente quebradizos. Por estas razones, los balones de fútbol y las pelotas de hule no eran apropiadas; sin embargo, sí se empleaban cuando se jugaba en los parques o en espacios abiertos. En la calle las porterías se marcaban con piedras o botes; en situación de extrema escasez, solía usarse alguna de nuestras prendas de vestir, lo que provocaba el espanto de nuestros padres cuando se daban cuenta, amén de que jugábamos con nuestros zapatos de uso cotidiano.

A la hora y en el lugar convenidos, acudíamos a la cita los que nos habíamos comprometido. Una vez que estábamos

en el sitio del encuentro, se procedía a formar los equipos. Para ello se nombraba a los que a juicio de todos los presentes eran los dos mejores jugadores, que serían los capitanes de los dos equipos. En seguida cada capitán seleccio-

de la cancha, pero sí la infracción. Para que fuese tal, debían concurrir el reclamo del agredido y el refrendo del agresor. En caso de que no hubiera concurrencia, se tomaba una decisión en conjunto. No recuerdo ninguna ocasión en la que no se

## *No basta ser mejor que el adversario: hay que demostrarlo no cuando se quiere o se puede sino cuando se debe, y transformar la propia calidad en la forma más sublime y misteriosa de la suerte: el acierto*

naba alternativamente a los jugadores de sus correspondientes cuadros; empezaba la selección quien había ganado el volado. Normalmente la selección era de los mejores a los peores jugadores, a juicio de los capitanes, de modo que las escuadras quedaban relativamente parejas en cuanto a la calidad futbolística de sus integrantes. Cuando el total de jugadores era impar, se jugaba con un número dispar que favorecía al equipo del capitán que había seleccionado en segundo lugar; de esta manera se buscaba distribuir equitativamente las capacidades futbolísticas entre uno y otro equipo. El juego se pactaba a un número determinado de goles y, a veces, por lo demás con bastante frecuencia, sin importar el marcador, se acordaba aplicar la regla del que mete el último gol gana, tomando en consideración que ya era muy tarde y que había que irse a casa.<sup>2</sup>

Durante el juego mismo no eran pocas las discusiones acerca de si un disparo a portería había sido gol o no. Recuérdese la precariedad de la portería y la inexistencia de un travesaño. Por otra parte, se respetaban reglas de juego parecidas a las que se usan en los partidos oficiales, pero no había un árbitro. Por ejemplo, no tenía sentido el fuera de lugar, ni tampoco el balón fuera de los límites laterales

hubiera resuelto de buena manera una discrepancia respecto a una infracción.

La práctica del fútbol a esas edades es un importante apoyo a los procesos iniciales de socialización del niño. Llegar al lugar en que se jugará la cascarita a la hora convenida implica los valores de cumplir un compromiso y ser puntual. En la forma de selección de los jugadores hay un reconocimiento explícito de que no todos somos iguales: algunos poseen más habilidad que otros para el juego. A pesar de ello, la forma de selección implicaba que se buscaba satisfacer el valor de la equidad: la distribución de las habilidades tendía a igualar a ambos equipos. El criterio de equidad imperaba para integrar al juego a algún jugador que llegara tarde: se agregaba al equipo que iba perdiendo, pero si el número de participantes era impar, se incluía en el equipo que tenía menos jugadores. La incorporación de los rezagados y la formación de equipos no balanceados de jugadores es una muestra clara de cómo opera el valor de inclusión o el equivalente de "a nadie se excluye". Una vez que empieza el juego se aplica una serie de reglas pactadas de antemano que no se ponen a discusión, lo cual ayuda a comprender el valor que tiene el respeto a las reglas. Es claro que si en una cascarita no hay reglas, no se podría jugar fútbol y probablemente el tiempo se agotaría en discutir.

Hay dos instancias que privilegian al grupo por sobre los individuos. Una es que el juego no lo gana o lo pierde un

El fútbol no es la vida, pero es un gran simulador de lo que es la vida.

JORGE VALDANO

jugador sino el equipo: no es un gané (o perdí) sino un ganamos (o perdimos). El funcionamiento del equipo debe ser solidario y sus miembros deben cooperar para vencer al rival; si es necesario, los delanteros deben “bajar” a defender y, si hay oportunidad, los defensas deben convertirse en delanteros; si alguien tiene opción de gol pero hay una alternativa con mayor probabilidad de lograrlo, hay que preferir esta última, pero si se pierde la oportunidad de convertir, suele haber un reclamo de los compañeros (sanción social); cuando son reiteradas, las faltas de este tipo llevan a calificar al jugador como personalista y su habilidad para jugar al fútbol queda en entredicho. Por otra parte, la forma de dirimir las infracciones implica, por un lado, convocar la regla (el agredido) y reconocer esta que no fue respetada (el agresor); cuando no ocurre así y persiste la duda, la decisión queda en manos de todo el grupo que participa, lo que quiere decir que se reconoce una instancia válida de solución de diferencias (un juez, un tribunal, una corte).

Es probable que todos los deportes que se juegan en equipo ayuden de la misma forma en las primeras etapas de socialización de los niños. Sin embargo, creo que pocos se pueden practicar con tan poco. En todo caso, lo que sí es claro es que las cascaritas sirven para reforzar o inculcar valores necesarios para la vida en sociedad: compromiso, puntualidad, equidad, sentido de inclusión (o aversión a la exclusión), respeto a las reglas —que es antecedente del respeto a las leyes—, solidaridad, reconocimiento de la falta cometida, cooperación y la importancia del equipo sobre el individuo, sin menoscabo del respeto a la persona. Habría que agregar que cuando la mezcla social es relativamente heterogénea también se aprende a respetar al diferente: no necesariamente el niño con mayor estatus socioeconómico es el mejor jugador. **EstePaís**

## De la “Chiquitibum” a Simone de Beauvoir Paulette Dieterlen

Estamos viviendo ya el evento deportivo más esperado, tal vez el más visto y comentado: la Copa Mundial de Fútbol Brasil 2014. Nuestra atención está puesta en las jugadas, los equipos, su desempeño, y quizás es imposible no enterarnos de cómo se reflejarán los resultados en el orgullo nacional de los países contrincantes, en especial en el del nuestro. Sin lugar a dudas, somos testigos de distintas muestras de nacionalismo exacerbado: los himnos cobran un papel preponderante, al igual que las banderas que los aficionados ondean en las tribunas y toda la parafernalia. No solo están en juego las posiciones en la tabla, sino también el “prestigio” de las naciones contendientes. El fútbol se ha politizado a tal punto que, por ejemplo, se llama “guerra de las Malvinas” al partido entre Inglaterra y Argentina. Es un acontecimiento en el que se conjuntan toda clase de emociones, posturas políticas, preferencias deportivas, sentimientos nacionales, circunstancias económicas y hasta creencias religiosas: se prenden veladoras, se acude a la iglesia llevando a “niños dioses” vestidos con la camiseta del equipo nacional y, en la cancha, muchos jugadores se hincan a rezar antes del juego o tras una anotación.

A mí me gusta mucho el fútbol. Confieso que no tanto como el béisbol, quizá porque, a diferencia de este, aquel nunca lo practiqué. No obstante, por circunstancias de la vida, he tenido mucho más contacto con el fútbol. Mi trabajo en la Universidad Nacional Autónoma de México me ha permitido, en alguna ocasión, estar cerca de los Pumas; además, fui la primera mujer que formó parte del consejo técnico deportivo del equipo, en un intento muy claro de la Universidad de

**PAULETTE DIETERLEN** es investigadora del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.



reconocer el gusto de las mujeres por el fútbol. Tuve la oportunidad de tratar a destacados futbolistas y técnicos como Joaquín Beltrán, Hernán Cabalceta, Enrique Borja, Aarón Padilla, Hugo Sánchez y Luis Regueiro, todos grandes jugadores. De ellos aprendí muchas cosas que me permitieron entender el juego más a fondo.

Cuando hay una fiesta deportiva como la del fútbol me pregunto: ¿por qué gusta tanto ese juego en todo el mundo?, ¿por qué despierta tantas pasiones en todas las latitudes? Creo que hay varias razones. En primer lugar, se trata de un deporte cuya práctica es relativamente accesible y barata, a diferencia del béisbol o del americano; solo hacen falta unos *shorts*, una playera, zapatos adecuados y un balón. Una portería puede “armarse” poniendo dos piedras, unos travesaños, en fin, de mil maneras: cualquier terreno es, en potencia, una cancha de juego.

En segundo lugar, el fútbol es, aparentemente, un juego sencillo. Digo que es sencillo porque pegarle con el pie a una pelota no parece nada del otro mundo. También es sumamente ágil. En el fútbol es fácil ver a los jugadores moviéndose durante prácticamente los 90 minutos y todo el mundo entiende que, en última instancia, lo que hay que aplaudir es el gol. Cualquiera puede emocionarse sin necesidad de saber si es mejor una estrategia de 3-3-4, una de 3-5-2, una de 4-4-2 o una de 4-2-3-1. Para disfrutar de un partido tampoco hace falta saber lo que es una triangulación o un movimiento por las laterales. Y entender el fuera de lugar no es nada complicado —aunque a veces parezca que ni los propios jueces de línea lo entienden, como hemos visto.

En tercer lugar, es un deporte en el que no suele haber un número importante de interrupciones. El fútbol solo se suspende durante 15 minutos para marcar el medio

<sup>1</sup> Este escrito presenta una remembranza, una reconstrucción, de mi experiencia futbolística en Chile hacia fines de los años cuarenta del siglo pasado, época en que me iniciaba en la práctica de este deporte, la cual finalizó en México en 1991.

<sup>2</sup> Si el marcador pactado ya se había alcanzado y aún era posible seguir jugando, se decidía jugar tiempo extra con la regla “último gol gana”, casi siempre a propuesta del equipo perdedor.